



EL VINO COMO “QUITAPENAS” EN LA OBRA DE OMAR KHAYYAM

Myriam Ríos Madrid

Docente del Programa de Psicología
Funlam

RESUMEN

La alabanza del vino hecha por Omar Khayyam en su obra poética, nos permite considerar tal elemento, como un poderoso “quitapenas” que ayuda a sobrellevar la dolorosa existencia humana. Este poeta persa del Medioevo, parece haberse adelantado a los planteamientos freudianos del malestar en la cultura sobre la infelicidad humana y la necesidad de paliar en algo el dolor de existir.

*¿Que yo del vino soy un devoto ciego?
Y bien, lo soy.
¿Que soy infiel, idólatra del fuego?
Y bien, lo soy.
Cada uno de mí en su idea fija;
Más yo, dueño de mí, tengo la mía:
Soy lo que soy. (Khayyam, 1951: 145)*

Omar Khayyam es un poeta persa cuya obra ha despertado curiosidad y múltiples interrogantes en los lectores occidentales. Su obra y su persona, a la manera de nuestro Heráclito, fascinan, entre otras cosas, por un cierto aire de misterio, de “oscuridad” que parecen irradiar. Ante su poesía, no se puede permanecer indiferente, ella nos toca, nos cuestiona, nos seduce, nos invita a la rebeldía y por qué no, a la embriaguez.

Khayyam vivió en el siglo XI, fue astrónomo, matemático, poeta, filósofo y poco creyente de la religión islámica. Mucho se ha especulado sobre el verdadero significado de su obra en términos de si es una expresión mística o

hedonista de la vida. Al respecto, algunos autores señalan a Khayyam como adepto a la secta “*Sufi*” y consideran su obra como expresión simbólica de la relación con la divinidad; según esto, por ejemplo, el vino del que habla el poeta no sería el jugo fermentado de la uva, sino un elemento de carácter espiritual que permite un acercamiento a Dios y produce en el hombre gran satisfacción, tal elemento podría ser la oración, la lectura del Corán, el amor a Dios.

Otros autores consideran que Khayyam no profesó el *Sufismo*, e incluso, lo declaran enemigo de tal doctrina; resaltan, por lo tanto, los elementos mundanos y hedonistas presentes en la obra del persa y lo presentan como alguien para quien las satisfacciones y deleites del cuerpo estaban por encima de cualquier precepto religioso; el vino, elemento al que canta el poeta con tanta solicitud, debe ser considerado en su materialidad plena, es decir, como el embriagante jugo de la uva, generador de báquicas borracheras.

Con relación a lo anterior, mi opinión se adhiere a la de este segundo grupo. Luego de leer sus versos, considero que la obra exhala un indiscutible olor terroso, olor a viñedos, a copas rebosantes, a bocas húmedas por el néctar báquico. No creo que hablando del vino, Khayyam pensara seriamente en Alá o en alguna otra divinidad. Su embriaguez no toca con el misticismo ya que él era escéptico, incrédulo, irónico frente a lo religioso; su embriaguez está más del lado de los sentidos, del obnubilamiento temporal producido por la intoxicación alcohólica.

Dejando claro lo anterior, intentaré un acercamiento a la obra de Khayyam desde algunos planteamientos hechos por Freud en “*El Malestar en la Cultura*”. El punto central será el considerar el vino como un “quitapenas” en la obra de Khayyam, para lo cual me apoyaré en algunas de sus “*Rubaiyyat*”.

La ebriedad

Para iniciar, habría que señalar que la ebriedad fue condenada en el mundo islámico; la leyenda suele atribuir a Mahoma mismo la prohibición del alcohol, hecho que no se ha establecido con precisión, “sólo consta que al

profeta le presentaron un borracho, y que él ordenó a sus compañeros que le aplicasen unos azotes por haber faltado a sus deberes” (Escohotado, 1989:252).

Durante la época medieval, diversos autores árabes se pronunciaron en contra de la ebriedad y una opinión extendida hizo incompatibles alcohol e Islam. El musulmán debía evitar el alcohol, bebida que tiene efectos nocivos no sólo a nivel de la salud física, sino que hace cometer ridiculeces al hombre, lo degrada y lo vuelve conflictivo e insoportable. Si abordamos directamente el Corán podemos constatar que en él se alude al vino de una manera condenatoria: “Te preguntan acerca del vino y del maysir. Di: ambos encierran pecado grave y ventajas para los hombres, pero su pecado es mayor que su utilidad” (Corán2:219). Es clara la asociación establecida entre el vino y el pecado en este texto sagrado. El otro elemento presente, el *maysir*, del que se habla en otras partes del libro, hace alusión a un juego de lotería en el que se distribuía entre los participantes, las partes de un camello sacrificado. Así pues, vino y maysir estaban en la misma línea del pecado, eran dos actividades que un buen musulmán debía evitar aunque le reportarían beneficios.

De otro lado, encontramos una asociación del vino con el demonio, señalando a éste como el responsable de colocar frente al hombre tal elemento perturbador: “El demonio quiere sólo crear hostilidad y odio entre vosotros valiéndose del vino y del maysir, e impediros que recordéis a Dios y hagáis la azalá, ¿os abstendréis, pues?” (Corán 5:91).

En otra aleya se lee: “¡Creyentes! El vino, el maysir, las piedras erectas y las flechas no son sino abominación y obra del demonio. ¡Evitadlo, pues! Quizás, así, prosperéis” (Corán 5:90).

Es claro que el vino, junto con otros elementos, ha sido creado por el demonio para apartar al hombre de la oración (Azalá) y para sembrar el odio y la discordia entre los creyentes.

Por último, encontramos una prohibición expresa de orar en estado de embriaguez: “¡Creyentes! No os acerquéis ebrios a la Azalá. Esperad a que estéis en condiciones de saber lo que decís...” (Corán 4:43). Un buen musulmán

no debe presentarse ante Alá en estado de embriaguez, pues tal estado, fuera de que ofende a Alá, no permite una plena disposición física y psíquica para realizar ese contacto con lo divino que permite la oración.

Podríamos concluir de todas las aleyas citadas, que en el libro sagrado de los musulmanes hay una condena al vino por estar asociado al pecado y al demonio, porque aleja de Dios impidiendo hacer la oración obligatoria. El vino, desde el Corán, no es visto con buenos ojos, la embriaguez es reprobada como un estado poco grato a Alá y deplorable para el creyente.

Ahora bien, Omar Khayyam es un hombre que asume una posición de desprecio por algunos de los preceptos del Corán, lo que ha llevado a que sea tachado de “blasfemo”. Veamos lo que dice el poeta:

*“El Corán, este libro supremo, los hombres lo leen a veces,
¿pero cuál de ellos se deleita cada día?
En el borde de todas las copas llenas de vino hay Cincelada
una máxima secreta que estamos obligados a saborear”.* (Khayyam, 1993:13)

El Corán no parece ser para él, como lo es para los demás musulmanes, el libro sagrado en el que se encuentran registradas las directrices para llevar una vida plena de servicio y sumisión a Alá. Khayyam compara los goces que pueden obtenerse de la lectura del Corán y los que pueden sacarse del beber vino. Para él, lo repite muchas veces, es indudable que el segundo ofrece los más altos goces, cosa que lo lleva a preferir las bulliciosas tabernas a las pétreas mezquitas:

*“¿Qué es preferible? ¿Sentarse en una taberna
y hacer tu examen de conciencia o prosternarse en una mezquita?
En realidad me da igual saber o no si tenemos
un dueño y qué hará de mí, llegado el caso”.* (1993:11)

Lo anterior podría tomarse como una pequeña introducción al pensamiento de Khayyan. Es evidente que frente al vino, el poeta no se coloca en la posición de un musulmán creyente y convencido. Las amenazas coránicas no parecen preocuparle mucho; antes que pensar en las recompensas futuras por su buen comportamiento terrenal, él piensa en los placeres que le deparan las urnas llenas de vino, así éstas conserven el aliento del demonio. Vamos

ahora a adentrarnos en el grueso del análisis, para lo cual nos parece fundamental conocer la visión que tenía el poeta sobre la vida.

Concepción de la vida

Podría decirse que Khayyam tiene ante todo una visión de la vida como efímera, corta, sometida a un proceso irreversible y delimitado en el tiempo:

*“Escucha lo que la sabiduría
te repite a lo largo de todo el día:
“La vida es breve, tú no tienes nada en común con las plantas
Que vuelven a crecer después de haber sido cortadas”. (1993:38)*

En ocasiones, el poeta utiliza figuras en las que compara la vida con un elemento natural:

*“Me pregunto qué poseo verdaderamente.
Me pregunto qué subsistirá de mí después de mi muerte.
Nuestra vida es breve como un incendio. Llamas que se olvidan,
Cenizas que el viento dispersa: un hombre ha vivido”. (1993:55)*

Esta Rubaiyyat recuerda a nuestro Porfirio con su trágico verso: “Era una llama al viento y el viento la apagó” (Barba Jacob, 1984:108). En ambos poetas, el *fuego* se constituye en el elemento privilegiado a través del cual se expresa la fragilidad y la brevedad de la vida. La *llama*, con su vida efímera después de la cual sólo quedan cenizas, soporta la comparación con la vida humana igualmente efímera, después de la cual no subsiste nada, porque el olvido termina imponiéndose con el tiempo.

Otras veces, el poeta utiliza elementos inherentes al mundo árabe para señalar tal analogía:

*“¡Como una rápida caravana, la vida pasa!
Detén tu montura y trata de ser feliz.
Jovencita, ¿por qué te entristeces?
¡Escánciame vino! La noche caerá pronto...” (1993:44)*

El vino es visto como algo que ayuda a soportar la brevedad de la vida y la inminencia de la muerte. Es evidente que para Khayyan la travesía de una caravana por el desierto es algo que no tarda mucho tiempo, cosa que a

nosotros, ciudadanos occidentales, acostumbrados a los confortables y veloces medios de transporte, nos parece largo y extenuante.

Igualmente, lo efímero de la existencia puede compararse con la fácil desaparición de una ciudad, con el ocaso de una civilización:

*“La vida pasa. ¿Qué queda de Bagdad y de Balk?
El menor tropiezo es fatal a la rosa demasiado abierta.
Bebe vino y contempla la luna
evocando las civilizaciones que ella ha visto apagarse”. (1993:38)*

La cuestión sobre lo transitorio y efímero de la existencia, no parece circunscribirse aquí al hombre en particular, sino tocar a la humanidad entera que de manera ciega se ha perpetuado, pero, también, ha ido desapareciendo en una sucesión casi infinita de pueblos y civilizaciones. La luna, satélite fiel de la tierra, es puesta como testigo del ocaso y la prosperidad de imperios y ciudades que inexorablemente corrieron a precipitarse en el abismo de la destrucción y la muerte, hecho que parece impresionar vivamente al poeta y que recuerda constantemente en sus versos.

De otro lado, el poeta no puede concebir la vida independientemente de un compañero inseparable, *el dolor*. De manera un poco brutal, lo expresa:

*“La vida no es más que un juego monótono en el que
puedes sacar dos premios:
El dolor o la muerte. ¡Feliz el niño que expira
El día que nace! ¡Pero más feliz aún aquel
que no ha venido al mundo!”. (1993:26)*

El dolor y la muerte se constituyen en los polos sobre los que gira la vida humana; ante esta realidad, ante la magnitud del dolor de la existencia, el poeta considera que la *muerte* y la *nada* serían estados preferibles a esta condena terrenal; la obra permite entrever que ambos eventos parecen no asustar a Khayyam, pues una y otra vez los menciona en sus versos de manera serena.

Si bien el poeta reconoce la presencia ubicua del dolor en la existencia, no por eso piensa en el suicidio o quiere renunciar a las actividades que realiza

sobre la tierra, precisamente, el dolor parece mostrarle que hay que buscar el placer, el gozo:

*“Mira a tu alrededor. No verás más que aflicción,
angustias y desesperos.
Tus mejores amigos están muertos. La Tristeza es tu sola compañía.
¡Pero alza la cabeza! ¡Abre tus manos! Toma aquello que deseas
Y puedes alcanzar. El pasado es un cadáver al que debes enterrar.” (1993:88)*

El poeta no habla de un dolor particular; podría pensarse en este sentido que se trata del sufrimiento, de la aflicción que ataca al hombre desde todos los frentes que la existencia humana contiene, del “*dolor de existir*” que pegado a la piel del hombre desde que nace, parece ser el precio pagado por ser una criatura diferente a las demás, pensante, deseante, hablante.

En esta misma dirección, puede decirse que el dolor remite necesariamente a su contrario, la felicidad. Para Khayyam, la vida no encierra grandes montos de felicidad, el dolor es mayor que otros elementos de la existencia, la felicidad puede considerarse como un mero concepto:

*“De la felicidad, no conocemos más que el nombre.
Nuestro más viejo amigo es el vino nuevo.
Con la mirada y con la mano acaricia al solo bien
que no decepciona: la urna llena de sangre de la viña.” (1993:40)*

El vino, más que el amor, es el único elemento que puede dar un poco de felicidad al hombre, que puede hacerle olvidar el dolor. Khayyam es así un escéptico frente a la posibilidad de hallar la felicidad:

*“No busques la felicidad. La vida es más breve que un suspiro.
El polvo de Djemschid y Kaid-Kobad revolotea
En la polvareda rojiza que contemplas.
El universo es un espejismo. La vida, un sueño.” (1993:41)*

No vale la pena buscar algo que quizás no se hallará; la felicidad se constituye así en algo ilusorio que no encuentra una materialización en la vida cotidiana. La felicidad es algo momentáneo y casi forzado en la vida del hombre, sólo el vino puede darla. El vino, elemento exterior al ser humano, es lo único que parece tener la propiedad de desafiar, aunque sea temporalmente, la infelicidad y la fragilidad a que parece condenada esta particular criatura.

Lo anterior nos coloca inevitablemente en la vía de una pregunta por el sentido de la vida. La respuesta parece anticiparse de manera sorprendente; el poeta no encuentra realmente un sentido a la vida, no considera que ésta tenga una finalidad elevada. La existencia de un hombre, la de Khayyam, por ejemplo, no es un acontecimiento único, grande, sublime al interior de la naturaleza. La vida humana no parece contener algo extraordinario que la haga diferente de la de otros seres, no es más que un acontecimiento sin trascendencia:

*“Mi nacimiento no aportó el menor provecho al universo.
Mi muerte no disminuirá ni su inmensidad ni su esplendor.
Nadie ha podido explicarme por qué vine, por qué partiré.” (1993:39)*

Si no hay un sentido para la vida del hombre, si éste no tiene una finalidad, una misión que cumplir al interior de la creación, la existencia se limita a un pasajero fluir de seres tristes, solitarios, a una interminable sucesión de generaciones:

*“Cuando hayamos cruzado tú y yo el negro velo,
¡Oh! El mundo impasible continuará su ronda;
Nuestra venida y vuelta le darán tal recelo
Como al mar si le arrojas un guijarro del suelo.” (1993:112)*

Es realmente esta una visión muy poco trascendente de la existencia humana; para el poeta, después de la vida sólo se encuentra la “*nada*” y durante la vida sólo hay “*dolor*”. La existencia enmarcada así dentro de estos dos polos, no tiene ningún sentido:

*“Sueño sobre la tierra. Sueño bajo la tierra.
Sobre la tierra, bajo la tierra, cuerpos tendidos.
Nada en todas partes. Desierto de la nada.
Unos hombres llegan. Otros se van.” (1993:29)*

Vidas y más vidas humanas, existencias vanas, es todo lo que el poeta ha podido hallar, generaciones y civilizaciones que nacen y mueren, sucesión inagotable de hombres que entran y salen de escena sin haber hecho nada grande, sólo vivir, que es un acto simple y sin finalidad, sin sentido. Nuevamente recurriendo a elementos naturales, el poeta nos dice:

“...Yo vine como el agua,
Y me voy de este mundo como va el viento vano.” (Khayyam, 1951:104)

Abandona Khayyam cualquier posición que pudiera señalarse de antropocéntrica o narcisista; la vida del hombre es concebida en igualdad de condiciones a la de otras criaturas que nacen y perecen, que vienen y van, que no tienen ninguna misión que cumplir, ninguna finalidad que llenar. La única diferencia sería el sufrimiento que experimenta el hombre durante su existencia, el tormento por el peso de sus actos, la profunda insatisfacción que carga sobre sí, cosa extraña a los demás seres de la naturaleza.

Ante este panorama tan poco alentador que enmarca la existencia humana y ante la poca certeza frente al futuro, Khayyam parece recomendar el sabio *carpe diem*:

“Tú sabes que no tienes ningún poder sobre tu destino.
¿Por qué la incertidumbre del porvenir te causa ansiedad?
Si eres sabio, aprovecha el momento actual.
El porvenir, ¿Qué te traerá? (1993:16)

Tenemos elaborada una visión general de la concepción de Khayyam sobre la vida del hombre, concepción que como hemos visto, no es religiosa ni idealista, sino descarnadamente realista. Vamos a poner esto que enuncia el poeta muy cerca de lo que plantea Freud en el “*Malestar en la Cultura*” para desembocar finalmente en el planteamiento inicial sobre el vino como “quitapenas” en la obra de Khayyam.

Inicialmente diríamos que Freud resalta en el “*Malestar en la cultura*”, el carácter doloroso de la existencia humana, la cuota de sufrimiento que pagamos diariamente los humanos en las múltiples tareas que realizamos, hecho que lo lleva a plantear que se necesita de “*calmantes*” para sobrellevarla. Según él, estos calmantes son de “tres clases: poderosas distracciones que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas” (1979:75).

Siguiendo con su reflexión, Freud (1979) plantea el asunto de la pregunta por el “fin de la vida humana”, pregunta que según él, no ha

encontrado una respuesta plena. En el fondo de ella subyace el orgullo humano, orgullo que nos lleva a pensarnos diferentes a los animales y a buscarle un sentido a nuestra vida. Freud concluye que la religión sería la única que podría responder a este interrogante, cosa que lo lleva a preguntarse por aquello que los humanos muestran como el fin de su vida, a lo que responde: “Quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla” (1979:76). Según esto, el principio del placer sería el que otorgaría un fin a la existencia humana, fin que consistiría, precisamente, en una búsqueda de placer; pero, es sabido, que este principio riñe con el de la realidad constantemente. Freud enuncia aquí su famoso dictamen sobre la felicidad humana: “se diría que el propósito de que el hombre sea “dichoso” no está contenido en el plan de la “creación” (1979: 76).

La felicidad, para el padre del psicoanálisis, es concebida como algo pasajero, temporal, fruto de la satisfacción de deseos contenidos. No puede el hombre acceder a una felicidad absoluta, duradera, debe contentarse con pequeños destellos de ella: “Lo que en sentido estricto se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico” (1979: 76)

En cambio, respecto a la desdicha, Freud piensa que es más abundante y duradera:

Mucho menos difícil es que lleguemos a experimentar desdicha. Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. (1979:76)

Ante este panorama tan desolador, el hombre busca “alternativas” para enfrentar y aminorar el sufrimiento, “alternativas” entre las que se pueden contar la soledad, la ciencia, la intoxicación por las drogas, el arte, la religión, el amor, entre otras (Freud, 1979).

En este trabajo, nuestro interés apunta a considerar el aspecto que tiene que ver con la intoxicación, con el uso de las sustancias que permiten al

hombre disminuir y disimular el dolor que lo ataca desde diferentes lados, sustancias a las que Freud da un gran valor en la realización de esta tarea:

Empero, los métodos más interesantes de precaver el sufrimiento son los que procuran influir sobre el propio organismo. Es que al fin todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo lo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo. El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya penetrado su mecanismo, pero el hecho es que existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer. (1979:78)

Tenemos así esbozada la visión de Freud sobre la vida y la felicidad humana, algunos de estos puntos ya los habíamos formulado en Khayyam. Podría decirse que nuestro poeta tiene una concepción un poco cercana a la planteada por Freud: existencia dolorosa, no felicidad, no sentido de la vida, búsqueda de satisfacciones que aminoren el dolor. Vamos a detenernos un poco en esto que consideramos fundamental, ya que en la obra de Khayyam puede verse un abordaje de algunos de estos elementos referidos por Freud como atenuantes del sufrimiento; entre ellos tenemos la religión, la ciencia y el amor, veamos cuál es la posición del poeta frente a ellos.

La religión

En cuanto a la religión, ya habíamos planteado el desprecio de Khayyam por las enseñanzas coránicas; pues bien, es evidente que el poeta no parece tener una fe sólida y que las cuestiones de la religión lo dejan indiferente. Alá no es el centro de su vida, cosa que no parece atemorizarlo, al contrario, de manera bella y descarnada expresa su despreocupación religiosa y su sentir:

*“Sobre la tierra abigarrada, camina alguien que no es musulmán ni infiel
que no es ni rico ni pobre. No venera ni a Alá ni a sus leyes.
No cree en la verdad. No afirma nunca.
Sobre la tierra abigarrada. ¿Quién es ese hombre bravo y triste?” (1993:64)*

Aunque Khayyam se desenvolvía en un mundo islámico en el que primaba la ley de Alá, él no se adhiere a estas creencias y asume una actitud casi de desafío frente a ellas. El poeta llega a cuestionar la bondad divina y nos presenta una visión de Alá como indiferente a lo que sucede en la tierra:

*“No dejes de recoger los frutos de la vida.
Corre a todos los festines y escoge las copas más grandes.
No creas que Alá tiene en cuenta nuestros vicios y virtudes.
Guárdate de olvidar aquello que pueda hacerte feliz”. (1993:58)*

Khayyam se permite dudar de la diligencia y el amor divino para con sus criaturas. Con su mirada escrutadora, la misma que utilizaba en sus exploraciones del cosmos (Khayyam fue astrónomo y director del observatorio de Merv), parece haber descubierto la ausencia de Alá; los musulmanes se dirigen a un Dios que para él no existe, que no puede existir porque el estado de las cosas así lo muestra. Dos palabras muy utilizadas por el poeta nos dan también idea de esto, *“barro”* y *“nada”*, constantemente nos recuerda que somos barro, las ánforas de vino se fabrican a partir del barro que procede de la tierra en la que yació algún hombre, la vida del hombre es considerada así como algo sin trascendencia, sólo barro, un elemento natural, perecedero; sultanes y esclavos, todos han sido hechos de barro, condenados a una existencia efímera. La *“nada”*, por su parte, es aquello que espera al hombre, aquello que nos rodea, no hay nada fuera de esta vida, de esta tierra en la que sufrimos, debemos beber vino para consolarnos. Con este panorama, no queda mucho espacio para Alá, ese personaje supuestamente omnipotente frente al que Khayyam se permite contemplar la duda de una posible sordera:

*“Adopta la resolución de no contemplar el cielo.
Rodéate de jovencitas y acarícialas. ¿Vacilas?
¿Aún tienes ganas de suplicar a Alá? Antes que tú,
muchos hombres han pronunciado fervientes plegarias
Han muerto y tú ignoras si Alá llegó a oírlas”. (1993:76)*

Definitivamente, hacia el cielo no vale la pena mirar buscando consuelo, esperando ayuda o respuestas a los viejos interrogantes humanos, el cielo no esconde nada, no es más que otro elemento natural:

*“Y esa crátera inversa del cielo que te escuda,
Bajo la cual rampantes vivimos y morimos...
No le tiendas la mano en súplica de ayuda,
Pues, como tú y yo gira tan impotente y muda!” (1951:125)*

La religión no se constituye para Khayyam en el “*consuelo*” ofrecido a los sufrimientos padecidos en la tierra, porque sencillamente, él no es capaz de construirse un más allá pleno de dicha, él no cree que exista tal paraíso:

*“Y las revelaciones del sabio y del devoto,
Que profetas ungidos en llamas difundieron,
¿Qué son sino consejos de un ensueño remoto,
Dichos y al punto vueltos a su dormir ignoto?” (1951: 121)*

En este sentido, ni la fe islámica, ni las otras sectas existentes en su época le parecen dignas de crédito; al contrario, él se declara devoto del vino, adorador de la uva, fruto terreno capaz de lograr cosas imposibles:

*“La uva, sí, que puede con lógica absoluta
Las setenta y dos sectas rivales confundir
Con su Alquimia, que al plomo de nuestra vida bruta
En un tris de maniobra en oro transmuta” (1951: 117)*

El poeta tiene una visión terrena de la vida, tan terrena como la procedencia del jugo de la vida, su verdadero ídolo; todo aquello que se aparte de ella le parece poco auténtico, sin sentido, engañoso. Khayyam muestra en ocasiones tal claridad sobre su existencia, sobre su procedencia y sobre lo que le espera luego de morir, que no necesita de creencias que se lo expliquen o le ayuden a soportar la realidad. La religión no sería así, para Khayyam, ese “*calmante*” poderoso al que han recurrido en masa millones de seres humanos a lo largo de la historia. No, Khayyam se niega a compartir ese delirio masivo en el que la promesa de un más allá mejor, hace soportable la miseria de un presente agobiador. Él no necesita de esas creencias, está por encima de ellas, eso parece ser un asunto de sumisos, de débiles, de “hipócritas”:

*“Al poderío de Kai Kaus, a la gloria de Kai- Kobad,
a las riquezas del Khorassan, yo prefiero una urna de vino.
Estimo al amante que gime felicidad
y desprecio el hipócrita que murmura una plegaria.” (1993:56)*

Definitivamente, Khayyam se resiste a pertenecer a ese rebaño de creyentes que en términos de Freud tienen un delirio en común, delirio que ayuda a soportar la existencia, así se refiere Freud a esta construcción humana:

Particular significatividad reclama el caso en que un número mayor de seres humanos emprenden en común el intento de crearse un

seguro de dicha y protección contra el sufrimiento por medio de una transformación delirante de la realidad efectiva. No podemos menos caracterizar como unos tales delirios de masas a las religiones de la humanidad. Quien comparte el delirio, naturalmente, nunca lo discierne como tal. (1979:81)

La ciencia

Consideremos ahora el asunto de la “*ciencia*”, a la que Khayyam se refiere también en términos de “*sabiduría*”, “*erudición*”, “*saber*”. Generalizando, puede entenderse la “*ciencia*” aquí, como la exploración del hombre orientada a develar los asuntos fundamentales de la naturaleza y de la existencia humana. No podría pensarse la ciencia en el sentido actual; para Khayyam, hombre del siglo XI, “*ciencia*” se refiere al conocimiento humano en general, a la explicación que el hombre da desde la razón, frente a lo que sucede en el mundo; para el poeta, “*sabio*” es el que cultiva la ciencia, la sabiduría, y puede serlo, un filósofo, un matemático, un astrónomo, entre otros.

Ahora bien, frente a este “*saber*” humano (ciencia), Khayyam parece plantear tres opciones: imposibilidad de saber, inutilidad del saber e indiferencia frente al saber.

Respecto a la primera, podríamos señalar que el poeta considera en ocasiones la imposibilidad humana para llegar a conocer realmente los misterios del universo:

“Nadie puede comprender lo misterioso. Nadie es capaz de ver qué se esconde bajo las apariencias. Todas nuestras moradas son provisionales, salvo la última: la tierra. ¡Bebe vino! ¡Basta de palabras inútiles!” (1993:25)

Khayyam se coloca así una posición de escéptico frente al conocimiento humano. La ciencia es sólo especulación, “*palabras*”, intentos del hombre que no lo conducen a nada:

“Pobre hombre, nunca sabrás nada. No dilucidarás jamás ni uno solo de los misterios que nos rodean. Puesto que las religiones te prometen el Paraíso, cuida de crearte uno sobre esta tierra porque el otro quizá no existe.” (1993:92)

Aquí, Khayyam parece poner frente a frente ciencia y religión; pero, ante sus ojos, las dos salen igual de mal libradas; la ciencia, porque no logra explicar nada, y, la religión, porque el paraíso que promete no existe, ante esto, el poeta recomienda crearse un paraíso terreno en el que indudablemente, la vida será el fruto más abundante.

La ciencia es entonces, el tímido balbuceo del hombre, balbuceo confuso que no arroja mucha luz sobre el conjunto del universo, ya que siempre hay un más allá que se escapa al conocimiento humano:

*“Que el Doctor y el Filósofo sigan en su faena
De hablar de lo que quieran y de lo no pensado:
Todo no es más que un tramo de infinita cadena
Que nadie mueve, corta, ni hace girar, ni enfrena.” (1951:125)*

Toquemos ahora el segundo aspecto, referente a la “inutilidad del saber” humano. Fuera de que Khayyam reconoce una imposibilidad humana para conocer realmente las cosas, para desentrañar los misterios del universo, señala la inutilidad de ese poco de saber al que pueden aspirar los hombres y que en ocasiones logran adquirir realmente:

*“Admitamos que hayas resuelto el enigma de la creación.
¿Cuál es tu destino?
Admitamos que hayas podido despojar a la verdad de
todos sus ropajes. ¿Cuál es tu destino?
Admitamos que hayas vivido cien años feliz
y que vivas cien años más. ¿Cuál es tu destino?” (1993:23)*

Plantea aquí el poeta la inutilidad del saber frente a una cosa inexorable: la muerte. En el hipotético caso en que se resolvieran los enigmas del universo, esto no reportaría utilidad al hombre, pues la muerte lo espera y ella anula todas las posibilidades. Por encima de todo, parece estar la implacable *Parca* ante la cual no valen las ilusiones, los miedos o el saber humanos.

Igualmente, el poeta suele referirse a la ciencia humana en un tono despectivo, como meras “palabras”, es decir, algo sin trascendencia, inútil, pasajero, al igual que todo lo que existe en el universo; algo que no conduce a nada, que no afecta en nada un orden preestablecido en el que domina la muerte, el polvo, la nada:

*“El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.
Toda la ciencia de los hombres: palabras.
Los pueblos, las bestias y las flores de los siete climas: sombras.
El resultado de tu meditación perpetua: nada.” (1993:23)*

Respecto a los “sabios” y “filósofos”, el poeta opina que son confusos, que no se entienden entre sí y que no han aportado gran cosa a la humanidad:

*“Los sabios y los eruditos más ilustres
han caminado por las tinieblas de la ignorancia.
Sin embrago, no eran los estandartes de su época.
¿Qué hicieron?
Pronunciaron algunas frases confusas y se echaron
a dormir.” (1993:24)*

Tenemos presentes de nuevo la inutilidad del conocimiento y de la figura del mismo “sabio” al interior de la sociedad. La sabiduría (la ciencia), se convierte así en palabrería poco inteligible para la gran mayoría de la gente, palabrería que no trasciende más allá de los círculos doctos. Sabios, filósofos y doctores, son, para el poeta, seres tristes, confusos y callados que no disfrutan realmente la vida, que la gastan en discusiones inútiles que no los conducen a la verdad o a un común acuerdo. Los sabios, viven en un mundo de retórica en el que los placeres no tienen cabida, ellos no saben extraer de la existencia aquello que realmente embriaga:

*“Los sofistas y los sabios silenciosos han muerto
sin haberse podido entender el ser y el no ser.
Ignorantes, hermanos míos, continuemos Saboreando el
jugo del racimo
y dejemos que esos grandes hombres se regalen con uvas
secas.” (1993:39)*

Podríamos establecer a partir de esto que propone Khayyam, dos bandos. Por un lado, los “sabios” con su aburrimiento eterno, su ausencia de satisfacción, su palabrería vana y su comer “uvas secas” que no producen nada; del otro lado, tendríamos a los “ignorantes”, entre los que se incluye el poeta, quienes serían alegres, dedicados a los placeres, catadores del zumo de la uva, jugo fermentado que embriaga y produce felicidad. A Khayyam, este segundo grupo le parece mejor, más atractivo, más digno de un hombre;

vemos aquí su gusto ubicado en la misma línea de su preferencia por las tabernas antes que por las mezquitas.

Resumiendo, es posible pensar que para Khayyam, la actividad científica no se constituye, en los términos que la plantea Freud, en una de las “distracciones”, que nos permiten menguar un poco el dolor de existir; a él, le parece una actividad vana, inútil e improductiva en términos de generación de conocimiento sobre los misterios del universo y del hombre. La ciencia, igual que la religión, no satisface las expectativas del poeta y no le brinda eso que él necesita para soportar el dolor inherente a la existencia. Khayyam, parece necesitar calmantes más fuertes.

El amor

Habíamos esbozado como tercer aspecto en esta serie de “calmantes”, el amor, elemento al que Khayyam parece reconocerle cierto poder como tal, es decir, el amor puede ayudar a soportar en algo las miserias de la vida. El poeta suele asociar las mujeres al vino; las mujeres son por excelencia las “escanciadoras” de la bebida, son quienes la sirven y en ocasiones acompañan y escuchan a los bebedores en sus largas horas de entrega a la embriaguez:

*“Ya nada me interesa. ¡Levántate y escánciame vino!
Esta noche tu boca es la más bella rosa del universo...
¡Vino! ¡Que sea rojo como tus mejillas
y que mis remordimientos sean tan ligeros como tus bucles!” (1993:18)*

Khayyam, parece disfrutar de las delicias del amor, es indudable que para él, la relación amorosa hace más agradable la vida, incluso, el amor puede hacerle ver el “paraíso” aquí en la tierra:

*“Aquí con un mendrugo, entre el gayo ramaje,
Una ánfora de vino, un manojo de versos,
Y tú conmigo, sola, cantando entre el bosque,
Es para mí un paraíso el yermo más salvaje.” (1993:95)*

Aunque el amor puede proporcionarle sus momentos de placer, el poeta no confía del todo en tal recurso, le parece que hay que tener cuidado frente a la mujer, pues ésta puede ser peligrosa. En este sentido sería mejor decir que el poeta se refiere al amor en términos de lo sensual, de las relaciones sexuales

como fuente de placer, pero que no recomienda lo que podría llamarse el amor “verdadero”, el amor que contempla la idealización de la mujer, el amor que integra también elementos tiernos. La mujer es deseada, pero el enamoramiento no es un estado deseable para el hombre:

*“¿Eres desdichado? No pienses en tu dolor y no sufrirás.
Si tu pena es demasiado violenta, piensa en todos los
hombres que han sufrido desde la creación del mundo.
Elige una mujer de senos de nieve y guárdate de amarla.
Que ella sea, también, incapaz de amarte.” (1993:91)*

Khayyam, puede intuir los peligros del enamoramiento y por eso no lo recomienda; él mismo ha experimentado las desdichas del amor:

*“¿Por qué tanta dulzura, tanta ternura, al comienzo de nuestro amor?
¿Por qué tantas caricias, tantas delicias, después?
Ahora, tu único placer es desgarrarme el corazón...
¿Por qué?.” (1993:46)*

Tenemos así presentes las dos caras del amor, una que brinda placeres y dicha; la otra, dolor y desengaño. El amor no sería el “calmante” por excelencia para el sufrimiento humano, ya que en sí mismo lleva implícito el dolor. Por lo tanto, hay que tomarlo a la ligera, sacando de él el máximo placer, pero cuidándose de no caer en sus garras. La mujer de quien habla el poeta, es la compañera de juegos sexuales, la escanciadora del vino, la que puede alegrar una velada, pero es un ser que jamás estará por encima de lo que puede el vino. El ánfora repleta de vino rojo, es para Khayyam, superior a cualquier mujer, él podría estar muy bien sin ésta, pero, su vida sin el vino, sería, más que lamentable, inconcebible.

Todo esto nos hace pensar que Khayyam puede caber en la lista de los sabios que Freud menciona por su posición ante el amor: “Por eso los sabios de todos los tiempos desaconsejaron con la mayor vehemencia este camino de vida; pese a ello, no ha perdido su atracción para buen número de los mortales” (1979: 99).

Khayyam ha tomado una sabia decisión, contrario a Tales de Mileto de quien se dice nunca se casó, él sí lo ha hecho, pero veamos con quién; así parece decirlo orgulloso:

*“Y bien sabéis, amigos, con cual altivo porte
De mi nuevo himeneo celebré el festival,
La Razón repudiando de mi lecho y mi corte
Y a la Hija de la Viña tomando por consorte” (1951:116)*

En este sentido, vale la pena recordar que Freud considera el amor como uno de los “calmantes” buscados para mitigar el sufrimiento existencial, pero encuentra que éste no puede deparar mucha dicha, no es la panacea fantaseada por los humanos, al contrario, puede ser una gran fuente de infelicidad: “Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido el objeto amado o a su amor.” (1979:82)

Ahora bien, hemos establecido que religión, ciencia y amor no son estimados en gran medida por el poeta como “calmantes” para el sufrimiento humano, vamos a ocuparnos ahora de lo que para el bardo se constituye en un verdadero “quitapenas”, el vino, elemento que hemos señalado al comienzo como profundamente terreno, como terrenalmente embriagador y prodigador de placeres.

El vino

El vino caería en la categoría freudiana de las “sustancias embriagadoras” que nos hacen insensibles al sufrimiento cotidiano. Freud se refiere así sobre estas sustancias:

Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aún pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal. No sólo se les debe la ganancia inmediata de placer, sino una cuota de independencia, ardientemente anhelada, respecto del mundo exterior. Bien se sabe que con ayuda de los “quitapenas”, es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. (1979: 78)

Como ya lo señalamos, Freud consideraba que sufrimiento y sensación eran inseparables ya que el sufrimiento se experimenta siempre en términos de la sensación, es decir, el sufrimiento es algo que sentimos a partir de determinados procesos orgánicos. Algunas sustancias tienen la particularidad de ejercer su influjo sobre el organismo y sobre las sensaciones que éste experimenta, brindando un estado de bienestar, de placer ilimitado que no se consigue de ordinario en la realidad. El vino sería así uno de estas “*quitapenas*” que modifica nuestras sensaciones.

Considerado esto, pretendemos argumentar por qué el vino puede tomarse como un “*quitapenas*” en la obra de Khayyam, a partir de las funciones que el poeta le confiere a esta bebida.

Para comenzar, diríamos que Khayyam hace un ensalzamiento del vino, lo coloca por encima de cualquier otra cosa, nada hay igual al vino, nada puede competir con él en términos de darle felicidad al hombre (ya veíamos que ni la religión, la ciencia o el amor eran estimados por el poeta en tan alta medida), el vino es considerado “lo valioso” por excelencia y todo lo que está asociado a él cae en igual categoría:

*¿Nuestro tesoro? El vino. ¿Nuestro Palacio? La taberna.
¿Nuestros fieles compañeros? La sed y la embriaguez.
Ignoramos la inquietud porque sabemos que nuestras almas,
nuestros corazones, no tienen nada que temer del polvo,
del agua, del fuego... (1993:13)*

El vino es el “tesoro” que el poeta ha descubierto y a partir de él organiza su modo de vida particular, su existencia, en la que todo está referido a la bebida de este magnífico néctar. El poeta se muestra humilde, poco exigente a la hora de elegir el vino, le basta que sea vino, degustándolo degusta la vida, la vida como él la siente:

*¡Toda mi juventud florece hoy de nuevo!
¡Vino! ¡Vino! ¡Que tus llamas me abracen!
¡Vino! ¡No importa cuál... yo no soy difícil.
Creedme, el mejor lo encontraré amargo, ¡Como la vida! (1993:15)*

Adentrémonos ahora más profundamente en su obra, tratando de extraer esas funciones y poderes que el poeta le atribuye al vino.

El vino hace olvidar

Que el vino hace olvidar es algo repetido desde la antigüedad, constituyéndose en argumento de peso esgrimido por todos aquellos que buscan “ahogar” los recuerdos que los atormentan. Khayyam, por su parte le reconoce al vino su gran poder amnésico:

*“El vino, solamente, te libraré de tus preocupaciones.
El vino, sólo, te impedirá dudar entre las setenta y dos sectas.
No te alejes del mago que tiene el poder
de transportarte a la tierra del olvido.” (1993:71)*

El vino es visto como una sustancia capaz de erradicar de la mente recuerdos e ideas displacenteros o insoportables en determinado momento. Para el poeta, muchas cosas deberían condenarse al olvido y muchas horas deberían emplearse en beber el vino que produce tal efecto. Por ejemplo, Khayyam considera como algo atormentador, algo que se debe olvidar, la ignorancia que se tiene sobre el origen y el fin de la existencia personal:

*“¿Y qué, y así me traen desde un donde cualquiera
Y desde aquí hacia allá, sin pulsar mi albedrío?
¡Si el cielo, al menos, darnos siempre el vino quisiera,
Que ahogue este recuerdo que la mente lacera.” (1951:105)*

El poeta llega a expresar la cuestión de forma más escueta, reconociendo de manera tajante la imposibilidad humana de saber sobre sí y la necesidad de olvidar esto:

*“¿Cuándo nací? ¿Cuándo moriré? Ningún hombre puede evocar
el día de su nacimiento ni designar el de su muerte.
Ven, mi grácil bienamada. Quiero pedir a la embriaguez
que me haga olvidar que nunca sabremos nada.” (1993:20)*

Hay un desconocimiento en el hombre que se constituye en certeza: no saber, cosa que no deja de ser ofensiva y mortificante a nuestro narcisismo, pero es algo que el poeta tiene bien claro y que lo coloca en la perspectiva socrática del reconocimiento de la ignorancia. El vino puede borrar, así sea temporalmente, tal idea y el sentimiento de impotencia que la acompaña.

El hombre, que según Khayyam, es un ser que vive en la incertidumbre del pasado y de un futuro que desconoce, es una criatura indefensa frente a un destino que parece condenarlo inexorablemente a la “nada”, nada que ya lo ha precedido y que le espera al final. La vida de un hombre no es más que el presente, un intermedio entre el pasado y el futuro, intermedio efímero en el que el hombre le apuesta a ser feliz, cosa que ya se ha visto, es difícil de conseguir. Ante esto, ante la impotencia y la debilidad humana, Khayyam recomienda el vino, elíxir que hace olvidar ayudando a sobrellevar este doloroso presente:

*“Ignorante que te crees sabio, yo te miro resoplar
Entre el infinito del pasado y el infinito del porvenir.
Querrías plantar un mojón entre esos infinitos y sentarte en él...
Vete mejor a sentarte bajo un árbol, cerca de una jarra de
vino que te haga olvidar tu impotencia.” (1993:79)*

El vino quita las preocupaciones

Son múltiples los factores que afectan al hombre generándole “*inquietud*” y “*preocupación*”, sensaciones displacenteras por excelencia. Entre las cosas que preocupan al hombre, podríamos citar la consecución de los bienes materiales, la conquista del poder, el triunfo en el amor, la resolución de los enigmas sobre la vida, la muerte, el más allá, el alma y el cuerpo, la existencia de Dios, entre otros. En fin, la vida no está exenta de preocupaciones y el hombre puede ser definido como una criatura que se “preocupa”, un ser intranquilo y desesperado a quien tanto lo interno como externo lo perturban y angustian. El vino, según Khayyam, se constituye en remedio eficaz contra las preocupaciones que nos afectan:

*“Los hombres limitados u orgullosos
establecen una diferencia entre el alma y el cuerpo.
Yo, no afirmo más que una cosa:
El vino destruye nuestras preocupaciones y nos da la
quietud perfecta.” (1993:42)*

El vino da, de manera sencilla y eficaz, lo que por otros medios el hombre ha buscado inútilmente: la quietud, la imperturbabilidad, si se quiere, la “*ataraxia*” o tranquilidad a que aspiraron epicúreos y estoicos en la antigüedad griega, al igual que algunas religiones orientales. La “tranquilidad”

es un bien al que se debe aspirar y el poeta lo encuentra en el vino; el problema de la dualidad alma cuerpo le parece insoluble, no tiene respuesta; él prefiere el vino que lo aleja de tantas cuestiones perturbadoras.

En otra Rubaiyyat, nos dice el poeta refiriéndose a la preocupación por el porvenir:

*“¡Oh, dulce amada! Llena la copa que hoy liberta
De dolores pasados y nuevas inquietudes:
¡Mañana! ¿Y qué? Mañana, si mi vida despierta,
Siete mil años idos llamarán a mi puerta.” (1951:100)*

Es indudable que para Khayyam, la preocupación por el porvenir es algo que no abandona al hombre, pero considera que el vino puede conjurar tal situación y provocar la calma, el vino libera de tales inquietudes y permite momentos de placer en esta vida terrena.

El vino cura la tristeza

A riesgo de caer en la reiteración, podríamos decir que el hombre es un “animal triste”, hecho que no escapa a Khayyam, gran observador de los seres humanos y sus pasiones. La tristeza, localizada aquí en el corazón, hace estallar al poeta en un lamento y un pedido de curación:

*“¡Vino! ¡Mi corazón enfermo quiere ese remedio!
¡Vino de aroma almizclado! ¡Vino color de rosa!
¡Vino para apagar el incendio de mi tristeza!
¡Vino y tu laúd de cuerdas de seda, mi bienamada!” (1993:47)*

La tristeza parece provenir de una herida en el corazón que el autor no explicita y ante la cual quizás sea mejor no hacer conjeturas, pues son tantas las fuentes de las que puede brotar la tristeza humana que nos someteríamos a evocar una serie interminable; sea cual sea la herida, lo cierto es que de ella emana una tristeza que parece desbordar a Khayyam y a la que quiere poner límite con el vino, licor curativo que puede sanarlo, que puede apagar esa llama que lo devora. Sin embargo, esta situación parece exaltarlo y seducirlo, mostrando el poeta una posición ambivalente, que lo lleva a querer liberarse de ella, pero al mismo tiempo a desear conservarla:

*“¿Dices que el vino es el único bálsamo?
¡Traédme todo el vino del universo!
Mi corazón tiene tantas heridas... ¡Todo el Vino del universo
y que mi corazón conserve sus heridas”. (1993:78)*

La existencia muestra un encadenamiento, una relación dolor-vino en la que estos términos inseparables se necesitan, se encadenan, se sustituyen, se suceden. El vino es un “bálsamo” que cura las heridas. Pero, el poeta, al mismo tiempo que clama por la cura, no quiere renunciar al dolor. Quiere vino y quiere heridas para regarlas con el vino. Heridas y vino forman así una unidad indisoluble. Se podría decir que el poeta ama sus heridas y su tristeza como ama al vino consolador de ellas.

De otro lado, según el poeta, el vino permite la emergencia del “humor”, contrario de la tristeza y algo indispensable para sentirse bien. El hombre, animal triste y condenado a la soledad, encuentra en el vino la posibilidad de “disimular” aquello que parece ser consustancial a él: la tristeza y la soledad. Así lo expresa:

*“Disimulo mi tristeza al igual que los pájaros heridos se ocultan para morir.
¡Vino! ¡Escuchad mis bromas!
¡Vino, rosas, cantos de laúd
y tu indiferencia a mi tristeza, bienamada!” (1993:84)*

Junto con el vino, las bromas, la risa, la muerte temporal de la tristeza y el olvido de la soledad; el vino permite hacer un alto en el sufrimiento, permite la alegría y la risa, cosas que de otra manera no se lograrían, porque son escasas en la existencia humana.

El vino permite percibir mejor

Tenemos aquí la función del vino en la perspectiva de influir directamente sobre los sentidos modificando la percepción que poseemos de la realidad. El poeta esboza así el asunto de la alucinación, de la alteración de la percepción dando como resultado una visión diferente de las cosas:

*“Me dicen: “¡No bebas más, Khayyam!”
Yo les digo: “Cuando he bebido,
Oigo lo que dicen las rosas, los tulipanes y los jazmines.
Digo, incluso, lo que no puede decirme mi bienamada”. (1993:51)*

El vino propicia un contacto mayor con la naturaleza, una comunicación que no es la habitual ya que hay impedimentos estructurales que no lo permiten. Mediante el vino logra el hombre su sueño de poderse comunicar con otras criaturas, de establecer contacto con la naturaleza, de salirse de una realidad cotidiana regida por las estrictas leyes de la lógica, la razón y la física; Khayyam, parece atribuir aquí propiedades al vino que tradicionalmente se le han adjudicado a los alucinógenos. El vino permite percibir cosas que en el estado de sana vigilia no se perciben y que representan para el ser humano algo llamativo, deseable y digno de experimentarse. Este querer salir temporalmente de la realidad, en aras de las posibilidades extrasensoriales que acarrea, ha sido formulado desde épocas antiguas como argumento de peso, que justifica el uso de las diferentes sustancias que logran tales efectos. No puede negarse en el hombre un deseo que lo asiste muchas veces, de desconocer la realidad, de querer huir de ella, de buscar contravenir lo que parece ser el “orden natural” en el que se desenvuelven sus percepciones y pensamientos.

En otro punto, Khayyam, de manera asombrosamente serena, plantea que el vino permite “escuchar”, no ya la voz de la naturaleza, sino el “silencio del universo”, es decir, la nada. El poeta parece colocarse en una posición desafiante, con su copa en la mano, observando lo efímero de la existencia, escuchando un silencio vacío de voces de hombres y de dioses, un silencio que lo inunda todo y que no es otro que la nada inconmensurable; veamos como lo expresa:

*“¿En qué piensas, amigo mío? ¿En tus antepasados?
Hoy son polvo en el polvo. ¿Piensas en sus méritos?
Mírame sonreír. Toma esta urna y bebamos escuchando
sin inquietud el gran silencio del universo”. (1993:51)*

El poeta muestra aquí su ironía, su visión nihilista y escéptica sobre la existencia y el más allá. El vino puede dar la serenidad para contemplar el sin sentido de la vida, la no trascendencia de ésta, en una palabra, el “polvo” a que se reduce todo. Su mirada de astrónomo no parece engañarlo, el universo es inmenso, escrutándolo no se escucha el murmullo de voces humanas o divinas.

El vino da juventud

Gozar de juventud eterna ha sido uno de los sueños humanos desde la antigüedad; el hombre es una criatura que no se resigna a envejecer, que, contrario a los animales, se rebela frente a una periodicidad biológica que lo condena al decaimiento, la enfermedad, la vejez. Los hombres, en todas las épocas, han soñado con descubrir el “elíxir de la eterna juventud”, con ser perpetuos adolescentes, cuando no, eternos niños, llenos de vitalidad y juventud. Nuestro poeta, humano también, considera que el vino da y conserva la juventud:

*“¡Bebe vino! Recibirás vida eterna.
El vino es el único filtro que puede devolverte tu juventud.
¡Divina estación de las rosas, del vino y de los amigos sinceros!
Goza de este instante fugitivo que es la vida”. (1993:31)*

El vino se convierte en un “elíxir” que llena de vigor, alegría y placer, dando la sensación de juventud plena; un elíxir que se encuentra cerca, al que cualquiera puede acceder. Vino y amigos, pareja indisoluble que acompaña la juventud, permite disfrutar el efímero momento que es una vida, condenada a perecer inevitablemente. La “juventud”, bien tan valorado socialmente, es así otro de los beneficios que puede imputársele al vino:

*“El vino procura a los sabios una embriaguez Semejante a la de los elegidos.
Nos devuelve nuestra juventud, nos devuelve lo que habíamos perdido
y nos da lo que deseamos. Nos quema como un torrente de fuego, pero también
puede cambiar nuestra tristeza en agua refrescante”. (1993:73)*

El vino es tenido como remedio para muchos males, entre ellos, la vejez, el decaimiento, la debilidad, males que suelen venir con el paso de los años. El vino permite conservar la pasión, el ardor, el ímpetu, la energía, aspectos característicos de la primera edad y que el hombre no se resigna a perder. La juventud suele definirse por la alegría inherente a ella, en cambio, la vejez, suele asociarse con la tristeza, la nostalgia, el dolor. El jugo de la vid puede devolver esa alegría perdida; vivifica y produce euforia, llevándonos nuevamente por los senderos frescos de la juventud, plenos de alegría, risa y emoción.

El vino da felicidad

Ya se había señalado que el poeta no cree que al hombre le sea posible alcanzar la felicidad de manera duradera y que al igual que la vida, la felicidad es para él algo efímero, sensación momentánea, sol pasajero en la tormenta de la existencia. Para Khayyam, únicamente el vino puede acercar al hombre a eso que podría llamarse la felicidad. El amor, las religiones, la filosofía o la ciencia no pueden darle al hombre la felicidad, al contrario, en ocasiones, le suman más dolor a la existencia. El acto de beber, permite vislumbrar cierta dicha en el corazón humano:

“¡Siéntate y bebe! Gozarás de una felicidad que Mahmud nunca conoció. Escucha las melodías que exhalan los laúdes de los amantes: ellas son los verdaderos salmos de David. No busques ni el pasado ni el porvenir. ¡Que tu pensamiento no vaya más allá del momento! Es el secreto de la paz”. (1993:42)

Beber se constituye así en un acto capaz de dar felicidad, en el acto por excelencia para un poeta que desprecia la oración, que desconfía de los libros y que evade enamorarse. El poeta plantea una trilogía que puede alegrar mínimamente la vida del hombre: “vino”, “música” y “despreocupación”, tres elementos que tornan la existencia más llevadera, más suave y agradable. Khayyam tiene claro que la vida es efímera, que más allá de ella no hay certeza de nada, no hay nada y por tanto, se aferra a la gota de felicidad que puede obtener en esta existencia terrena, cada que encuentra ocasión, bebe, porque el futuro es incierto:

“No me preocupa saber dónde podría comprar el manto de la Mentira y del Engaño, pero voy siempre en busca del buen vino. MI cabellera ya es blanca. Tengo setenta años. Y no dejo hoy la ocasión De ser feliz porque mañana, quizás, ya no tendré fuerzas”. (1993:60)

Lo anterior lleva a Khayyam a recomendar, a preferir el beber y a despreciar estados como el sueño, en los que según él, no se encuentra la felicidad; el poeta prefiere beber a dormir, pues, sólo se vive un instante, en cambio, se duerme eternamente. Feliz, se puede ser sólo un momento; durmiente, es posible serlo por siempre, ya que la muerte nos sume en el sueño eterno. El vino, nuevamente, permite al hombre acercarse a la felicidad:

*“Tenía sueño. La Sabiduría me dijo: “Las rosas de la Felicidad
No perfuman jamás el sueño. En lugar de abandonarte
a ese hermano de la Muerte, ¡bebe vino!
Tienes toda la eternidad para dormir”. (1993:27)*

Aún, con todo el dolor que la existencia lleva implícito, la vigilia es un estado preferible al sueño, ya que en ella hay cabida para el vino y por lo tanto, para las gratas sensaciones. Khayyam se coloca así en abierta oposición frente a los que dicen que se debe dormir más para sustraerse, aunque sea por unas horas, al sufrimiento, al dolor de existir. Nuestro poeta prefiere la vigilia, pero eso sí, acompañada de un buen vino, el verdadero “*quitapenas*” que hace soportable la vida.

Es tanta la pasión del poeta por el vino, que llega a preferirlo a muchas cosas, cosas que los hombres suelen desear profundamente, pero que Khayyam se da el lujo de despreciar. El vino es ese objeto excelso, único que parece encerrar en sí todas las bondades, todas las satisfacciones posibles a que puede aspirar un mortal:

*“¡Todos los reinos por una copa de vino precioso!
¡Todos los libros y toda la ciencia de los hombres por un suave aroma de vino!
¡Todos los himnos de amor por la canción del vino que corre!
¡Toda la gloria de Feridun por ese reflejo sobre esta urna! (1993:93)*

Poder, ciencia, amor o gloria, no son envidiados, ni deseados por el poeta; a él, le basta su copa de vino embriagador, más real, más terreno, más cercano al cuerpo que cualquier otro invento humano. El vino es el único que puede hacer aparecer en la efímera existencia del poeta, una “sombra” de felicidad, porque para Khayyam, la felicidad no existe en su materialidad plena, en su presencia absoluta. El báquico jugo permite, a partir de las diversas funciones que el autor le atribuye, aminorar el sufrimiento, otorgando una existencia más placentera, lo que quiere decir, endulzar un poco este penoso camino hacia la muerte, porque, si algo queda claro de todo esto, es para Khayyam, la única triunfadora en esta lid existencial, es la *Parca*, la inmortal e inexorable *Parca*, ante la que tendrán que inclinarse sin apelación, sultanes y esclavos, sabios e ignorantes, poetas y mujeres, creyentes e infieles.

Tan compenetrado parece estar el poeta con su objeto, que considera que aún en su última morada, se percibirá su huella, su marca, pudiéndose

identificar su tumba a partir del olor a vino que emanará de ella. La pasión por el vino sería así ese “rasgo distintivo” del bardo que lo acompañaría hasta la muerte. Khayyam llega al culmen de la expresión de su pasión por el vino, diciendo:

*“Tal olor a vino emanará de mi tumba,
que todo aquel que pase cerca se embriagará.
Tal serenidad rodeará mi tumba,
que los amantes no podrán alejarse de ella”. (1993:50)*

Esta parece ser la promesa de fidelidad más absoluta que pueda darse: No abandonar el objeto amado ni en la tumba. Esta compenetración es algo que nos habla de la profundidad de la pasión, de la imposibilidad de la renuncia a ese goce extremo, de la cercanía entre este objeto y la muerte. Khayyam, de manera hermosa, como suelen hacerlo los poetas, nos ha presentado así su más valioso objeto, su “quitapenas” todopoderoso, ante el cual, los infortunios de la vida se desvanecen, o, a lo sumo, sólo suscitan una irónica sonrisa. Sin el vino, la vida sería, además de sin sentido, insoportable, intolerable para un poeta hedonista y escéptico como Khayyam, quien definitivamente se decide por “inclinarse la copa”, despreciando las “sagradas normas”.

REFERENCIAS

- ESCOTHAHO, A. (1992). *Historia de las drogas*. Tomo I. Madrid: Alianza Editorial.
- FREUD, S. (1979). *Obras completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- KHAYYAM, O. (1993). *Rubaiyyat*. Barcelona: Ediciones 29.
- KHAYYAM, O. (1951). *Rubaiyyat*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Didot.